

CARLOS PEREYRA Y EL EMBAJADOR WILSON

Jorge FLORES D.

EXISTE EN EL EXPEDIENTE de los servicios diplomáticos de don Carlos Pereyra un interesante y curioso documento que se había conservado inédito hasta la fecha, y que arroja luz sobre el incidente personal que surgió durante el mes de julio de 1913 entre el famoso historiador mexicano, a la sazón subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del despacho de la cancillería, y el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson. Redactado para que se archivara como una constancia histórica en el expediente de don Carlos, y no para servir de "memorándum" o de "memoria" para fines contenciosos, puede presumirse con algún fundamento que su autor fue el propio licenciado Pereyra, que seguramente obedeció a un irrefrenable impulso de su vocación por la historia. No hay en el testimonio ninguna firma o señal que permita la identificación de la persona que lo dictó o escribió a raíz del suceso que describe día por día; pero creemos no estar equivocados al suponer que procede del ilustre escritor de Saltillo.

La carrera diplomática de don Carlos Pereyra fue relativamente breve; apenas se extiende a un lustro de su vida: el comprendido entre los años de 1909 y 1914. En el corto espacio de su duración ocurrieron incidentes dramáticos que lo obligaron a separarse de ella, tal vez contrariando sus más íntimos deseos, pues es manifiesta la inclinación que mostró en una época por los asuntos políticos y negocios de Estado. Hasta es posible imaginar que se haya creído predestinado a ocuparse en ellos, tanto por sus brillantes estudios y ensayos en materia sociológica, como por una decidida afición personal. En otra ocasión dimos a conocer las circunstancias en que por primera vez, durante el año de 1911, fue alejado de la carrera diplomática,¹ oportunidad que aprovechamos para

subrayar la profunda trascendencia que tuvo para los futuros destinos de Pereyra episodio tan memorable. Lo hirió en lo más vivo de sus sentimientos y pasiones, incuestionablemente influyó en su actitud irreductible y adversa a los principios y hombres de la Revolución mexicana, y, en fin de cuentas, hubo de ser causa determinante en el encauzamiento definitivo de su innegable vocación histórica.

Por segunda y última vez deja de figurar el licenciado Pereyra en los cuadros de la diplomacia mexicana en el mes de agosto de 1914, cuando la triunfante Revolución constitucionalista llega a la ciudad de México, destruyendo hasta el último vestigio del gobierno del general Victoriano Huerta. Y aunque se ha hecho clásica y corriente la versión de que don Venustiano Carranza pidió a don Carlos que eligiera la representación diplomática en Europa que fuera más de su agrado, por las antiguas y cordiales relaciones de amistad y política que siempre los habían unido, no hay nada que pueda servir de base a semejante aseveración. Sobre su veracidad preguntamos en cierta oportunidad al licenciado don Salvador Diego Fernández, que desempeñó el cargo de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores durante la administración del señor Carranza, y, en ausencia del titular, la dirigió en dos breves períodos en el año de 1919;² y el alto ex funcionario tuvo la bondad de informarnos que, a su juicio, la versión era infundada, y además inverosímil; apoyó esta última opinión con un hecho fehaciente: que habiendo él intercedido ante el Presidente para que se empleara de nuevo en el servicio exterior de la República a don Crisóforo Canseco, don Venustiano se negó rotundamente a ello, recordando los servicios que había prestado durante el gobierno de Huerta.

Por lo demás, es notorio que por aquellos años manteníase muy vivo el recuerdo de los antecedentes políticos de Pereyra, así como el de su posición agresiva y militante ante el movimiento revolucionario, actitud que había reiterado con la publicación reciente de dos ensayos polémicos, acerbos y apasionados como todo lo escrito por el gran historiador en este género: *Las dos supercherías diplomáticas norteamericanas* (Madrid, 1916), y *El crimen de Woodrow Wilson* (Madrid,

1917). Precisamente en este último panfleto, escrito con la mayor vehemencia, pudo desahogar el gran disgusto que recibió con la noticia de que el presidente Wilson había otorgado el reconocimiento diplomático al gobierno *de facto* de Carranza, a fines de 1916, decisión que él calificó y tituló “un crimen”. No es creíble, pues, que el Primer Jefe o el ya presidente constitucional ofreciera *motu proprio* a un adversario de las agallas de Pereyra lo que negaba a Canseco, figura insignificante y sin relieve en el juego de la política mexicana, como lo fue siempre nuestro antiguo ministro residente en Tegucigalpa.³

NACIÓ DON CARLOS PEREYRA en la ciudad de Saltillo⁴ el 3 de noviembre de 1871. Inició allí mismo sus estudios en el Colegio de San Juan, dirigido por los jesuitas, para continuarlos después en el Ateneo Fuente. No hemos podido precisar si en el primero de estos institutos llegó a ser condiscípulo de don Francisco I. Madero, dos años menor que don Carlos, pues había nacido el 30 de octubre de 1873;⁵ pero es obvio que entre los dos ilustres coahuilenses no existieron nunca esos vínculos que se adquieren en los años de escuela o por virtud del simple paisanaje, y que, transformados al correr del tiempo en amistad, simpatía o mutua estimación, se afianzan y perduran a través de las vicisitudes de la vida. Pereyra, muchacho de notable y clara inteligencia, de carácter orgulloso y altivo, no prestaría atención al hijo de familia rica y próspero, pero que pasaba inadvertido por sus prendas intelectuales. Con la misma indiferencia debió enterarse más tarde de sus actividades políticas y doctrinarias, y su impresión personal no sería otra que la que Madero dejaba en el ánimo de hombres como don Victoriano Salado Álvarez.⁶ La despectiva y burlesca expresión acuñada por don Francisco Bulnes, “medio pelo intelectual”, para designar y zaherir con ella a los que por entonces tenían la audacia de intervenir en cuestiones políticas y literarias, empresa que se consideraba en aquella época como privativa de “científicos” y “porfiristas” (la prensa, la crítica, los órganos de cultura del Estado hallábanse a su disposición), era la indicada para identificar al joven luga-

reño, de mente soñadora, que, saliendo inopinadamente de las tierras agrícolas de sus padres y abuelos, hacía acto de presencia en un terreno que el grupo dueño del poder vedaba celosamente a los extraños, como si se tratara de un aristocrático "coto de caza".

Pero si por las anteriores consideraciones, o por su ausencia en el extranjero como funcionario diplomático en Cuba y en los Estados Unidos, Pereyra no concedió importancia alguna a los trabajos políticos de su coterráneo Madero, es indudable que en los últimos meses de 1910 cambia de opinión, como se infiere de su regreso a la ciudad de México para ir a ocupar un asiento en la Cámara de Diputados. En enero de 1911 deja sus actividades parlamentarias, vuelve a las filas de la diplomacia, y apresuradamente se dirige a la ciudad de Washington con el fin de cumplir una misión no bien definida hasta el presente,⁷ pero que ya en cierta coyuntura insinuamos que sería la de escribir en defensa del agonizante régimen del presidente Porfirio Díaz, a través de los periódicos y revistas más influyentes en la opinión pública del vecino país, al mismo tiempo que la de hacer uso de su inteligente y vigorosa dialéctica para combatir a los hombres de la Revolución iniciada en noviembre del año anterior.

¿Hubo en la singular actitud del caudillo convertido en gobernante algún motivo de índole estrictamente personal, derivado de incontenible pasión humana, verbigracia, el deseo de vengar viejo resentimiento por la desdeñosa actitud del ya famoso intelectual hacia el hombre rico y soñador, pero de talento y cultura medianos? La investigación que defina las relaciones personales entre Madero y Pereyra permitiría escudriñar lo más recóndito de los sentimientos del intransigente político, pues si la pesquisa lo sigue en todos sus pasos, hora tras hora, en la sombría jornada del 22 de febrero de 1913 (don Carlos rindió protesta de ley como subsecretario de Relaciones Exteriores durante la mañana de ese día),⁸ ella determinará si emprendió alguna gestión, por pequeña que haya sido, con el fin de proteger la vida del cautivo Presidente. Nadie en mejor punto colocado que Pereyra para apreciar en toda su magnitud el peligro mortal que se cernía sobre la

cabeza de don Francisco I. Madero, no sólo por las desesperadas diligencias que con aquel generoso fin realizaban los ministros plenipotenciarios de Cuba, el Japón y Chile, sino también por su posición política en aquellos momentos, más importante de lo que se supone, o de lo que suponían los contemporáneos. Pues nunca estará vedado a la historia interesarse por la grandeza de alma de los actores y testigos de los más graves acontecimientos.

Como muchos de los jóvenes de la provincia mexicana, don Carlos Pereyra se trasladó a la ciudad de México con objeto de continuar en ella sus estudios, primero en la Escuela Nacional Preparatoria, después en la Escuela Nacional de Jurisprudencia,⁹ en la que recibió el título de licenciado en leyes. Pero antes de alcanzar el diploma profesional, Pereyra y otros estudiantes originarios de Coahuila participan activamente en el movimiento político enderezado en contra del gobernador José María Garza Galán, ya afiliándose a los "clubs" que con tal propósito se organizan en la capital, ya escribiendo en las columnas del periódico intitulado *El Pendón Coahuilense*.¹⁰ El gobernador presenta su renuncia después de un simulacro revolucionario que dirigen los hermanos Emilio y Venustiano Carranza, efímera e incruenta *bola*, apoyada desde la sombra, y posiblemente con anuencia del presidente Díaz, por el jefe de las fuerzas militares en los Estados de Nuevo León y Coahuila, general Bernardo Reyes.

Este episodio local no dejó de trascender en las actividades posteriores de Pereyra, que se significó en él por un rasgo propio de un carácter firme, o de una recia personalidad: antes de empeñarse en el ataque a Garza Galán, renuncia a la beca que éste le había concedido para costear sus estudios en la capital de la República, gesto que no imitaron otros de los estudiantes que disfrutaban de idéntica pensión o subsidio.¹⁰ De este suceso arranca la amistad personal y los lazos políticos que Pereyra sostuvo con don Venustiano Carranza durante largos años.

El sucesor de Garza Galán en el gobierno constitucional de Coahuila, Miguel Cárdenas, extendió su protección al

grupo de estudiantes coahuilenses que tan brillante participación había tenido en aquel movimiento político, y el ya entonces abogado Pereyra coadyuvó en los trabajos de la Comisión Codificadora del Estado de Coahuila, así como en las funciones de la Comisión Calificadora de Hacienda.¹¹ Durante esta misma época recibió el encargo de escribir la *Historia de Coahuila*, trabajo que hasta la fecha permanece inédito.

Carranza, cuya posición política se vuelve prominente dentro del régimen a partir del mencionado acontecimiento (senador de la República, gobernador interino de Coahuila), continúa dispensando su amistad a Pereyra, reuniéndose frecuentemente con él en casa del diputado Rafael R. Arizpe, persona influyente que tenía su domicilio en el Paseo de la Reforma. En alguna ocasión estas tres personas emprenden un viaje de placer por Morelia, Pátzcuaro y otros lugares pintorescos de Michoacán; ¹² y todo hace creer que hasta las vísperas de la Revolución, estos vínculos amistosos se mantuvieron incólumes, pues cuando el señor Carranza espera sustituir en el gobierno de Coahuila a don Miguel Cárdenas, contando con la benevolencia del todavía omnipotente dictador, don Carlos escribe el manifiesto y programa políticos que suscribe el candidato, cuyo gozo se va al pozo tan pronto como el general Díaz advierte que el senador coahuilense es un antiguo adicto al general Reyes, y que seguirá siendo fiel a su amistad y a sus ambiciones políticas.

Establecido don Carlos en la ciudad de México, divide su tiempo entre sus labores en la judicatura, sucesivamente como defensor de oficio y agente del ministerio público, y sus ocupaciones de carácter docente. Es profesor de lengua nacional y de historia patria en la Escuela Nacional Preparatoria, y, poco tiempo después, catedrático de sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Colabora en periódicos y revistas, *El Imparcial*, *El Diario*, *El Mundo Ilustrado*, y uno de sus biógrafos indica que, en Monterrey, tuvo a su cargo la dirección de *El Espectador*.¹³ Pero nada de esto le impide entregarse al estudio de los grandes problemas históricos y sociales de México, ni investigar en archivos y bibliotecas.

Tiene oportunidad entonces de participar en famosas y apa-

sionadas polémicas y discusiones, que llenan aquellos años, por medio de la prensa y el libro. Cuando interviene en el encendido debate, posee ya el instrumento y las características que luego irá perfeccionando y agudizando en su larga carrera de escritor: estilo claro, incisivo y elevado; docta y temperamental dialéctica; espíritu fino y con marcada afición a la ironía, al sarcasmo y al humorismo, como es habitual en hombres de pasiones fuertes y de austero carácter. Y todo ello al servicio de una inteligencia clara y sutil, reforzada por una perseverante disciplina en el estudio y acopio progresivo de vasta y sólida erudición. Ya desde entonces se advierte en el hombre de letras la garra que el tiempo volverá temible para sus contradictores y adversarios; en suma, que detrás del escritor estaba también el hombre.

A esta primera época pertenecen sus primeros ensayos sobre cuestiones históricas: *De Barradas a Baudin* (México, 1904), *Juárez discutido como dictador y estadista* (México, 1904), dos trabajos de ágil dialéctica, que su autor opone a los dos sensacionales libros de don Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia* y *El verdadero Juárez*. Corresponde a este período de su vida su colaboración en el libro intitulado *Juárez. Su obra y su tiempo*, del que redacta dos capítulos de su parte final,¹⁴ indudablemente por consejo y a petición expresa de don Justo Sierra; esta coyuntura le favorece, pues realza su prestigio en los círculos oficiales y privados de la intelectualidad mexicana, dándole notoriedad pública que se extiende a todo el país. A continuación escribe una *Historia del pueblo mejicano* (México, 1907), *La doctrina Monroe* (Barcelona, 1908), *Lecturas históricas mexicanas: La Conquista del Anáhuac* (México, 1909), y contribuye, además, en la publicación de los *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* (México, 1905-1913), que dirige en unión de don Genaro García; pero esta colaboración sólo perdura hasta el tomo V de la serie, y se interrumpe por algún motivo no bien dilucidado hasta el presente.¹⁵

En la introducción al volumen intitulado *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos, 1860-1862*, escribió Pereyra: "poseídos del amor a la verdad, busca-

remos y presentaremos cuanto contribuya a esclarecerla, sin dejarnos arrastrar por hostilidad ni preferencia para personas, partidos o ideas." Y en el tomo VIII, *México durante la guerra con los Estados Unidos*, don Carlos traza un notable retrato del personaje a quien pertenece el epistolario que en él se contiene:

Don José Fernando Ramírez fue un hombre de estudio —bibliófilo, anticuario e historiógrafo. Se extravió en la política por azares del tiempo en que vivió, y fue un estadista honrado y concienzudo, pero mediocre. Había nacido para las bibliotecas, para las expediciones arqueológicas, para los claustros universitarios, y no era de su gusto tramar intrigas o dirigir negociaciones.

El futuro gran historiador se perfila ya en esta semblanza del ministro de Maximiliano; en ella no se escatiman méritos, ni se hacen concesiones en menoscabo de la estricta verdad histórica.

EN LAS ELECCIONES que se verificaron en julio de 1906 para la renovación de las cámaras federales, es designado Pereyra diputado suplente por el 5º distrito electoral de Coahuila. El mismo cargo se le confirma en los comicios de julio de 1908; pero nada indica que haya ejercido sus funciones en ausencia del diputado propietario don Alberto Guajardo, práctica muy usual en aquellos años cuando se trataba de intelectuales como Pereyra, cuya disciplina y circunspección hacia el régimen convenía observar con prudente cautela. En las elecciones de julio de 1910, don Carlos obtiene los sufragios por el mismo distrito para representarlo como diputado propietario,¹⁶ y ya mencionamos el hecho de que durante los meses de noviembre y diciembre de este mismo año, deja por algún tiempo su empleo en la embajada en Washington y viene a ocupar su asiento en el Congreso. Más adelante nos referiremos a su segunda y última actuación parlamentaria, cuando, ya separado del servicio diplomático, toma parte con mucho ardor y apasionamiento en los debates del segundo período de la XXV Legislatura, durante los meses de abril y mayo de 1912.

La carrera diplomática de Pereyra se inicia el 7 de agosto de 1909, al ser nombrado segundo secretario de la embajada en Washington,¹⁷ no sabemos si por gestión personal o por el deseo de personas influyentes en la administración que, leyendo su reciente ensayo, *La doctrina Monroe*, vislumbraron la posibilidad de hacer del historiador y polemista una brillante figura de la diplomacia mexicana. Cinco días después don Carlos se pone en camino; embarca en Veracruz, y ya el 23 de agosto está en el punto final de su destino, según aviso del embajador don Francisco León de la Barra. Desde luego entra en funciones, y se le designa para que encabece la representación mexicana, con el carácter de primer delegado, en las fiestas que se celebran en Nueva York en honor de Hudson y de Fulton. El día 11 de octubre está de regreso en la capital norteamericana, y con fecha 24 de diciembre recibe orden de presentarse en la cancillería, para lo cual emprende viaje a la ciudad de México el día 30. El 10 de enero de 1910 se le notifica que ha sido ascendido a primer secretario, y el 17 del mismo mes se le comunica que ha sido trasladado a la legación en la Habana, con la categoría de encargado de negocios ad-interim.

Llegó don Carlos a la capital de Cuba el 1º de febrero de 1910, y quedó al frente de la misión mexicana el 7 del mismo mes, aunque ya el día 3 había hecho una visita al secretario de Estado, don Manuel Sanguily, para hacerle entrega de la carta que le acreditaba en ausencia del titular. “Después de las cortesías de estilo —dijo Pereyra en su informe a la Secretaría de Relaciones Exteriores—, entró en una larga y animada conversación durante la cual expresó sus deseos personales y los del gobierno de Cuba sobre el fomento de una amplia y continua comunicación intelectual entre los dos países. Pidió le dé a conocer las obras en que se presenten los adelantos materiales y morales del país...”

Se infiere de dicha plática que el canciller cubano estaba en antecedentes de los merecimientos literarios y científicos de su interlocutor, pues al siguiente día se apresura a corresponderle la cortesía en la legación. Sanguily, licenciado en derecho, orador, polemista e historiador, al igual que Pereyra, de-

bió sentirse unido al mexicano por todas estas afinidades de cultura y de pensamiento; en su visita reanuda, pues, según Pereyra, “los temas de la víspera”.

A su vez, el presidente de la República, don José Miguel Gómez, le concede audiencia el día 5 a las tres de la tarde, y entonces el coloquio versa sobre cuestiones políticas. En la reseña que envía a sus superiores, don Carlos recalca una franca lisonja para el general Díaz. “Después de las frases de estilo —dice el encargado de negocios— me habló del señor presidente de México en términos muy halagadores, y me dijo que la poderosa influencia personal del señor general Díaz podrá aumentar la unión de nuestros países y en general la de todos los de la América española.”¹⁷

Tan pronto como Godoy regresa a la Habana, asume Pereyra sus funciones como segundo secretario, pero el 2 de julio se le acredita otra vez como encargado de negocios. El mismo titular informa en 31 de octubre haberle concedido licencia económica para que se traslade a la ciudad de México; y, en efecto, desembarca en Veracruz el 2 de noviembre y sigue hacia la capital, en donde renuncia el día 15, pues viene dispuesto a ocupar su curul en el Congreso. Sólo pide el señor Creel “la gracia de ordenar que continúe mi nombre en el escalafón diplomático, poniéndome en disponibilidad”. Por lo demás, la estancia de Pereyra en la Cámara de Diputados fue muy corta; el 7 de enero de 1911 es nombrado primer secretario de la embajada en Washington, y procura incorporarse a ella sin tardanza.¹⁷

Es seguro que don Carlos, durante su permanencia en la ciudad de México, se proponía ocuparse en la preparación y publicación de una obra histórica de gran aliento, pues con fecha 14 de noviembre de 1910, los directores de la casa S. Ballezá y Compañía escribían al licenciado Creel que Pereyra estaba escribiendo “un libro que se titularía *El desenvolvimiento nacional*”, el cual sería la tercera parte de la *Historia del pueblo mejicano*, y que, al mismo tiempo, se entregaba a la condensación del material que se iba a emplear en el tomo VI de *México a través de los siglos*. Solicitaban, en consecuencia, que se pusieran a su alcance “todas aquellas publi-

caciones o papeles inéditos" que fueran útiles para presentar "el cuadro completo de los progresos realizados por el pueblo mexicano". La respuesta de Creel fue enteramente favorable: "Póngase a disposición del señor licenciado don Carlos Pereyra todos los datos que pueda utilizar del Archivo General de la Nación, o del especial de esta Secretaría, en la obra *El desenvolvimiento nacional* que está escribiendo", dice el acuerdo que aparece al calce de la petición de los editores Ballezá.¹⁷

Antes de partir, recibió Pereyra la comisión de emprender un estudio sobre la organización de las bibliotecas públicas de los Estados Unidos. El acuerdo tiene fecha de 11 de enero, y lo suscribe el subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, licenciado Ezequiel A. Chávez.

La misión encomendada al diplomático en la capital norteamericana —dirigir una amplia y enérgica labor de propaganda en favor del gobierno del general Díaz— se vio seguramente estorbada, pues don Carlos queda al frente de la embajada, con el carácter de encargado de negocios, en tres ocasiones distintas: del 23 de enero al 18 de febrero de 1911, por ausencia del señor De la Barra; de fines de febrero a abril, en que hace su arribo el nuevo embajador don Manuel de Zamacona Inclán; y, por tercera vez, a partir del 18 de junio, en sustitución temporal de este último. La situación excepcional en que se hallaba la República con motivo del movimiento revolucionario encabezado por Madero, puede dar una idea de la confianza que el gobierno del general Díaz depositaba en Pereyra; prueba de alta estimación que le renueva el presidente De la Barra, a cuyas órdenes había trabajado en Washington.

Indudablemente, la política de prudencia y circunspección extremas observada por el señor Mariscal durante sus largos años de actuación en la Secretaría de Relaciones Exteriores, sufrió un cambio notable desde su fallecimiento en abril de 1910, como advierte don Francisco Bulnes en alguno de sus libros, aunque aludiendo a otras causas. No de otra manera podría explicarse el hecho de haberse enviado a la capital del vecino país a un funcionario diplomático que en fecha reciente había escrito una frase que daba cabal indicio de su

pensar y sentir hacia un gobierno considerado hasta entonces como el enemigo tradicional de México: "No hay nada tan peligroso para un pueblo de América como el amor desinteresado que los Estados Unidos sienten por la libertad de sus hermanos menores. Su protección es un dogal de fuego."¹⁸

Permaneció don Carlos en la embajada durante todo el período del gobierno provisional de don Francisco León de la Barra. Pero el 9 de noviembre de 1911, tres días después de tomar posesión de la presidencia de la República, don Francisco I. Madero celebra acuerdo, acaso por primera vez, con su secretario de Relaciones, licenciado don Manuel Calero, y le ordena que retire al licenciado Pereyra del servicio diplomático. La estrecha amistad que les unía de tiempo atrás impulsó seguramente a Calero a comunicar la desagradable noticia valiéndose de una carta confidencial, en la cual propone a don Carlos que presente su renuncia, como un medio decoroso de cubrir el expediente;¹⁹ mas don Carlos se niega a condescender, y exige que se dé curso a la destitución acordada por el Presidente de la República, cuya orden, por lo pronto, "se abstiene de calificar". La actitud de Pereyra debió sorprender a Calero; por lo menos así lo hace sospechar el mensaje que dirige al embajador don Gilberto Crespo Martínez, en el que le ordena decir al primer secretario que se ponga inmediatamente en camino y se presente a la Secretaría, por necesitarse en ella sus servicios. El mensaje fue transmitido el 29 de noviembre. Sin embargo, Pereyra, que había abandonado el edificio de la embajada desde el primer momento, persistió en su inflexible determinación. El 4 de diciembre emprendió el viaje de regreso a la ciudad de México.

Informando sobre el desarrollo y las fases del incidente, el embajador agregaba algunas consideraciones personales:

El que suscribe se permitió llamar atentamente la atención del señor Secretario acerca de que los servicios diplomáticos del secretario Pereyra en esta embajada han venido creciendo en valor con el ensanche de sus relaciones aquí y su mayor conocimiento de los hombres y cosas de este país, y en virtud de su leal consagración a los servicios del gobierno constitucional, de la que ha dado

pruebas en los últimos días, por lo que, sobre todo en estos momentos, es de sentirse su separación.

Gran respeto y consideración merecería Pereyra al señor Crespo Martínez, pues éste ordenó por telégrafo al cónsul mexicano en San Luis, Missouri, que esperara su paso en la estación del ferrocarril y lo atendiera en la más cumplida forma, orden que el funcionario llevó a efecto acompañado del canciller de su oficina.²⁰

POR AHORA no tenemos la intención de ocuparnos *in extenso* de las subsecuentes actividades del licenciado Pereyra en la ciudad de México, desde su retorno de Washington hasta el día en que fue nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores por el general Victoriano Huerta. Sólo nos limitaremos a enunciarlas: entre noviembre de 1911 y enero de 1912 colabora en la revista política y literaria *Argos*, que dirige el poeta doctor don Enrique González Martínez; en abril y mayo de este último año sostiene en la Cámara de Diputados una violenta oposición en contra del gobierno del presidente Madero, destacándose en ella por su afilada dialéctica y sus interrupciones mordaces;²¹ al mismo tiempo toma parte en los trabajos políticos de la Liga de la Defensa Social.

Al cerrarse las sesiones del Congreso, se recluye en su casa del barrio de Santa María de la Ribera, entregado al estudio de sus temas favoritos: la sociología y la historia; pero hasta allí van a solicitarlo los reclamos y las pasiones de una política, más que militante y agresiva, envenenada por implacable resentimiento. En los últimos meses de 1912, fuerzas políticas que se mueven en la sombra reanudan su oposición al nuevo régimen; se reagrupan, previo deslinde de fines e intereses que las mantenían dispersas, disponiéndose al ataque final.

Como hay dinero suficiente, un gran órgano de publicidad se encargará de abrir el fuego y de apuntarlo en forma inteligente y vigorosa. La dirección del periódico se confía a don Carlos Pereyra, quien la acepta, y se prepara a entrar en acción en los primeros días de febrero de 1913. Pero uno de esos "imponderables" de los que es imposible tener

la menor idea, el *fatum* que ha perseguido siempre los pasos de ciertas clases sociales, hace su aparición en la persona de Victoriano Huerta, desorganizando y destruyendo los planes cuidadosamente elaborados.²² El país cambiará el rumbo de sus destinos; y don Alberto García Granados, el hombre previamente escogido por aquellas cabezas delirantes y tocadas de quimeras, no ceñirá jamás al pecho la insignia simbólica de la presidencia.

El golpe militar que en la siesta del 18 de febrero de 1913 trastorna radicalmente la situación política del país, lleva a don Carlos, de la dirección de *El Independiente*, a un despacho en la cancillería mexicana, como segundo de a bordo; por segunda vez está a las órdenes inmediatas del señor De la Barra. Si ambos tenían inteligentes y vastos proyectos por desplegar, si soñaron con una política exterior que marcara huella en la historia de México, nadie lo ha dicho hasta ahora. Pero es fácil comprender el desengaño y la apurada situación de los dos altos funcionarios bajo la férula de Huerta, que se burla de todos, que a todos engaña con sus promesas melifluas, habilidosas y envueltas invariablemente en exagerada y viscosa cortesía, deslizadas con un dejo irónico o mordaz en el que asoman aviesas, temibles intenciones ocultas. ¿Tuvo ocasión Pereyra de celebrar acuerdo, de hablar frente a frente con el célebre personaje? Su juicio acerca del soldado falaz e insidioso aparece escrito e impreso muchos años después, y es sobradamente instructivo:

Huerta, hombre sin escrúpulos ni previsión..., desconocía las condiciones más elementales de una ambición política... Pero a Huerta, hombre de astucia, le faltaba el más elemental sentido de la política... Optó por el procedimiento primario y estúpido de la cuartelada... Hizo, pues, un pacto, para romperlo al día siguiente, y pretendió erigirse en figura dictatorial porfiriana, careciendo de todas las condiciones para ello..., etc.²³

Un testigo de la época, el ministro plenipotenciario de Cuba, doctor don Manuel Márquez Sterling, dejó un testimonio escrito, asaz sugestivo, del paso de los dos diplomáticos mexicanos por los salones del edificio de la avenida Juárez.²⁴

El representante de la nación antillana acude a la Secretaría de Relaciones Exteriores el 23 de febrero de 1913, cuando la capital se estremece aún con el alud de trágicos acontecimientos que se suceden uno al otro como en una pantalla de cinematógrafo, cuando a doscientos metros de la cancillería, en las calles de Balderas, arden a fuego lento y crepitan siniestramente los cadáveres de soldados y caballos muertos durante la reciente lucha. El ministro encuentra al subsecretario Pereyra, y, “después de un fuerte abrazo y efusivas pruebas de amistad, por parte mía muy sinceras —escribe el cubano—, pasé a otro departamento a gestionar algo sin importancia”.

La atmósfera que se respira en esos momentos en el ministerio es bien extraña. El diplomático isleño la percibe y la penetra sutilmente, con ávida curiosidad. En el despacho en que acaba de introducirse, la misma excitación nerviosa, el mismo ambiente.

El señor X —no quiero descubrir su nombre— me recibe con gesto amable. Y pretende persuadirme de que para su patria comienzan días muy felices...

—Doloroso el derramamiento de sangre mexicana; pero necesario, inevitable —me dijo. Íbamos a la ruina, a la miseria, al desastre. Madero, honrado y magnánimo, era loco, torpe, incapaz de cumplir los deberes del estadista. Sus ministros jugaron con él como se juega con un niño; y lo precipitaron al abismo.

—¿También el de Hacienda? —pregunté.

—Peor que todos los demás —respondió con ademán exaltado—: Ernesto Madero ha de comparecer ante los tribunales y recibirá el castigo que merece.

—Sin embargo —repuse—, el ex ministro no se halla preso.

—Debilidad inexplicable del general Huerta —exclamó el señor X, encendiéndosele el rostro y demostrando más que aversión al gobierno derrocado honda inquina al apellidado Madero.

Y Márquez Sterling agrega estas frases con tono sentencioso: “El ardor político es frecuentemente consejero equivocado y pérfido. Y al señor X, hombre sesudo, lo engañaban su malquerencia a los vencidos y el entusiasmo por los vencedores.”²⁵

Otro día, es Pereyra quien va a la legación de Cuba. Sanquily ha ordenado que el ministro vaya a la Habana a confe-

renciar con el presidente; y el subsecretario trata de inquirir los móviles del repentino llamado. Larga y amistosa conversación se entabla entre los dos diplomáticos. Pereyra exploya sus ideas, sus sentimientos, concluyendo con un resumen optimista: “¡Oh, la situación política hábilmente creada por el general Huerta es nueva, responde a ideales que no amasó el porfirismo, y conducirá la nación a su engrandecimiento. . . ! El país, ansioso de una mano fuerte, pero justa, no consentirá otra dictadura. . .”

Pereyra insinúa que, más que prudente, es necesario tener una entrevista con el titular de la secretaría.

—Don Ernesto Madero está a bordo del «Cuba», en Veracruz —dije yo con artificial indiferencia, explorando la impresión que la estupenda noticia causara en el señor Pereyra.

Me respondió con un gesto indiscifrable, entre sonrisa y mueca. Sus preocupaciones rodaban por un plano distinto al de los caídos. Y, saliendo por el vestíbulo de la legación, el subsecretario se desahacía en alabanzas de su jefe.

Los dos se dirigen entonces hacia el ministerio en el mismo coche que ha traído a Pereyra. Márquez Sterling narra la entrevista con el señor De la Barra.

El Canciller vino hacia nosotros, pequeño de estatura, acicalado en el traje, finas y desenvueltas las maneras. El prohombre se acercó trayéndonos su sonrisa, fresca y juvenil a pesar de su cabello y bigotes encanecidos. Pereyra, que no cabía de placer en su larga levita inglesa, nos presentó; y regáronse, sobre mi patria, las rosas favoritas de su jardín literario. . .

El señor De la Barra toma la palabra.

—Señor ministro: mi posición política es bien conocida. Fui amigo personal del señor Madero y deploré su fracaso. . . En la “decena trágica” me esforcé por una solución cordial, que se hizo imposible por el ardimiento de las pasiones. Y sin querer nada, sin pretender nada, aquí me tiene usted ministro de Estado contra mi natural inclinación. Pero. . . yo no regateo los servicios de la patria. Estaré en el gobierno lo que tarde en normalizarse la situación, y la normalidad se acerca a pasos agigantados.

En la Cancillería se vive en plena euforia.

Ha vuelto de su país Márquez Sterling y ha reanudado sus funciones; con frecuencia se llega a la Secretaría de Relaciones, porque es de los diplomáticos que no gustan de vivir aislados. Sus activas gestiones en pro del señor Madero lo han colocado en situación especial ante el gobierno del general Huerta y ante la opinión pública, y tiene necesidad de mantenerse bien informado. Con placer se le sigue en sus amenas e interesantes memorias sobre su gestión en México.

Es la Cancillería típica del Imperio militar, desconectada con los demás organismos gubernamentales esenciales de la administración, optimista, ceremoniosa, dogmática, mas en la intimidad, maltratada por el pretense Emperador que la desdigna. Al subsecretario Pereyra se le verá siempre en su papel; dibuja en el labio una sonrisa que desconcierta, y no sé si en el fondo lleva el alma conturbada. Hombre apasionado, vehemente, y a ratos irascible, anda fuera de la tremenda realidad y toma como brújula acontecimientos que no suceden e ideales que no desvelan a su grupo. A menudo le visito en su despacho. No cambia jamás el tono; es la misma su reserva, la misma su cortesía, poblado su horizonte de promesas vaporosas. Trato con él asuntos oficiales, reclamo protección a los cubanos en la zona azucarera donde Zapata es diabólica autoridad; anudo los hilos entre la legación y el ministerio; y me retiro con la opaca sonrisa de Pereyra jugando en la memoria. Del revés, el Canciller dejaba traslucir un tanto las heridas; y por su donosa charla se deslizaban, como lágrimas, las gotas ligeras de su voluble escepticismo.²⁶

El profesor de derecho internacional y el de sociología e historia vivían en los mismos sueños, en iguales entelequias. El atildado jurista, cuya carrera diplomática se inicia como abogado consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, pasa por alto, desdeñosamente, el "Pacto de la Embajada", uno de los más negros y vergonzosos capítulos de nuestros anales, y departe con el siniestro embajador Wilson; parece confirmar la frase que se atribuye al general Díaz, y con la que éste quiso calificar en cierta ocasión su persona y calidad humana: "que lo mismo servía para un barrido que para un fregado". Y el sesudo historiador, el autor de *Juárez discutido como dictador y estadista* y de otros ensayos de aguda percepción y sentido históricos, olvida las tremendas páginas de nuestra historia militar y política como si nunca se hubieran

escrito, como si no pudieran ofrecer la menor enseñanza a los encargados de manejar la política exterior de México. Atrapados en sus propias redes, quizá no pensaban ya en aquellos días, sino en un puesto diplomático en Europa, que les permitiera escapar de un infierno que no tenía nada de metafórico ni de ficticio, que helaba el corazón de los hombres más templados, con su tufo a alcohol, atuendo de cuartel, y sus vaharadas de sangre, con aquel silencioso terror que alcanzaba en primer lugar a los mismos funcionarios del régimen, a sus allegados y cómplices. Su deseo, complacido por el general Huerta en julio de 1913, al confiarles las legaciones en Francia y en Bélgica,²⁷ cinco meses después de su ingreso en la Secretaría, ha de llevarlos al fin de su carrera política y diplomática; al ostracismo, a una muy prolongada, expiatoria nostalgia.

HEMOS LLEGADO al episodio que principalmente nos interesa: el incidente personal entre don Carlos Pereyra y el embajador Henry Lane Wilson.

En dos ocasiones estuvo don Carlos al frente de la Cancillería: del 20 al 24 de marzo de 1913, lapso brevísimo en que sustituye al señor De la Barra mientras éste toma posesión legal del gobierno del Estado de México, y del 27 de junio al 28 de julio del mismo año, por nueva licencia concedida al titular, así como la renuncia de éste presentada el 8 del citado mes de julio.²⁸

Sería difícil escribir la historia de la gestión del licenciado Pereyra en la Secretaría de Relaciones. Fuera del relato de su lance con el embajador norteamericano, nada hay en el expediente de sus servicios que ayude a tal propósito. Según nota inserta en el *Boletín Oficial* de la Secretaría, su hermano político don Leopoldo Camarillo y Roa fue nombrado vicedónsul en El Paso, Texas, en marzo de 1913, y posteriormente fue trasladado con el mismo carácter al consulado de México en Amberes.

Henry Lane Wilson llegó a la ciudad de México procedente de Santiago de Chile, y quedó acreditado como embajador de los Estados Unidos ante el gobierno mexicano, el 5

de marzo de 1910. He aquí el retrato que nos dejó Márquez Sterling de su interesante figura: "Mr. Wilson es hombre flaco, de mediana estatura; nervioso, impaciente, impresionable; facciones duras y semblante seco; bigote gris; mirada penetrante; y los cabellos, en gran pobreza, divididos en raya sobre la mitad de la frente." ²⁹

La traza del hombre explica ya su tropiezo con el subsecretario Pereyra, persona de carácter fuerte y altivo. Irritable era también el temperamento de don Genaro García, y ya hemos visto cómo no pudo entenderse con su colaborador en los *Documentos inéditos o muy raros*. El licenciado Pedro Lascuráin, el suave, candoroso secretario de Relaciones en el gabinete del presidente Madero, asegura, por su parte, que Wilson tenía "un carácter difícil y exigente". ¿Qué de raro hay entonces en que iniciara su misión diplomática en México pidiendo que se retirara de las cercanías del edificio de la embajada una línea de tranvías eléctricos que perturbaba el sueño de Su Excelencia durante la noche, petición a la que el señor Mariscal no concedió mayor importancia, acaso por el tono de molesta y desagradable impaciencia con que fue formulada? ³⁰

A partir de entonces, va el tremendo personaje por la peligrosa y nefasta senda que le señaló su destino. En febrero de 1913, aparece como un *deus ex machina* en las negociaciones que culminan con la firma del "Pacto de la Embajada"; y en marzo, considerándose tal vez como autor de una obra maestra en la diplomacia de su país, informa a su gobierno que el general Huerta es "un hombre de hierro, de absoluta entereza o valor personal, que sabe lo que quiere y cómo obtenerlo, aunque no sea muy escrupuloso en sus métodos, que es un firme admirador de la política del general Porfirio Díaz, y partidario de cultivar las más estrechas y amistosas relaciones con los Estados Unidos. . ." ³¹

Pero bien distinta era la realidad imperante en México como consecuencia de la situación creada por el célebre "Pacto de la Embajada". Según el testimonio del secretario de Relaciones del gobierno de Madero, don Manuel Calero, no podía ser peor, en verdad:

Huerta no fue hombre de talla superior, sino el más pedestre e incapaz de todos nuestros dictadores...; un hombre que se pasaba la vida presa de una especie de delirio de locomoción corriendo siempre en su automóvil, que sólo abandonaba para visitar alguna taberna o su inmunda leonera de Popotla. Pocas horas pasaba en su casa, y muy raras veces se presentaba en su oficina del Palacio Nacional. Sus ministros perdían horas y horas todos los días para lograr localizarlo...; Huerta era incapaz de consagrarse a los asuntos de la administración. En los diecisiete meses de su gobierno hubo más de treinta cambios ministeriales... Este desbarajuste llegaba a extremos ridículos...; nada le importaban los negocios públicos, ni las personas de ellos encargadas... Las largas horas de su beodez y de su abulia perpetua... le impedían consagrarse a resolver las graves situaciones que se le presentaban o que él mismo suscitaba con sus torpezas...³²

Fácil es imaginar la tensión nerviosa y el desasosiego en que vivían embajador y subsecretario en julio de 1913, época en que acaeció el incidente entre ambos; cuando ya la política del presidente Woodrow Wilson había echado por tierra los delirios y fantasías de su representante en México; y cuando ya el inteligente historiador sabía a qué atenerse respecto a la capacidad del general Huerta, como dictador y estadista. El pretexto más insignificante tenía que encender los predisuestos ánimos.

El incidente surgió por una infracción a las reglas del protocolo; Wilson quiere que el encargado del despacho de la Cancillería se traslade a la Embajada y escuche un informe de sus labios. Pereyra se irrita y rechaza el desusado procedimiento. Insiste el embajador, y nuevamente se le desaira en su deseo o capricho. Pide entonces al ministro de la Gran Bretaña que medie en la dificultad, y logre persuadir al renuente funcionario. "Mr. Stronge —escribe la señora O'Shaughnessy en sus memorias—, aunque irlandés, era un pacificador, un conciliador de facciones opuestas, un hombre que de corazón deploraba la violencia."

Así, pues, el honorable Francis Stronge suplica al señor Pereyra que lo acompañe hasta un lugar inmediato a la Embajada de los Estados Unidos, en la cual tiene que dejar una tarjeta. Don Carlos, cortésmente, le dice que lo llevará en su

coche hasta la residencia del embajador, y que luego tendrá el gusto de regresar con él a la Legación británica. Pero a las puertas de la misión norteamericana espera el propio Henry Lane Wilson, quien se adelanta a recibirlos, y tras un breve cambio de palabras, se apresura a introducirlos en ella. El diplomático mexicano ha dado un *faux pas*, de principiante; se da cuenta de su descuido, y su reacción debe haber sido muy viva, como es fácil creer de su genio tan inflamable como el suyo. Sin embargo, cuando el ministro inglés va a la cancillería y le ofrece una excusa (“quien se excusa, se acusa”), Pereyra se cubre el rostro con una máscara de irreprochable cortesía. Mas no termina ahí el incidente, porque el embajador continúa enviando notas a la Secretaría de Relaciones, dirigidas al señor De la Barra, cuya separación es un hecho notorio y público, y perfectamente conocido por Wilson. ¿Se puede dudar de la cólera en que montaría el subsecretario? Una vez más había sido burlado en forma grosera.³³

Pero dejemos que el lector siga, paso a paso, la historia de este ignorado, curioso episodio de nuestra diplomacia.

«Julio 2-13.

»El secretario de la Embajada de los Estados Unidos Mr. O'Shaughnessy,³⁴ pidió comunicarse por teléfono con el subsecretario, y le dijo que el señor Wilson saldría a las siete de la noche y que antes deseaba hablar con él para un asunto muy importante, por lo que lo esperaba en la Embajada. El señor Pereyra contestó al señor O'Shaughnessy que tenía ocupaciones muy urgentes y esperaba ser llamado de un momento a otro por el señor Presidente, lo que le impedía ir desde luego al llamado del señor Wilson, pero que procuraría obsequiar sus deseos.

»Más tarde hablaron de la Embajada, comunicándose con el señor Arce³⁵ y el señor Palacio,³⁶ y preguntaron a qué hora podía ir el señor Subsecretario el día 3 a la Embajada. Para contestar esta pregunta se dieron instrucciones al señor Palacio, pero la respuesta no se transmitió por haberse retirado la persona que hablaba de la Embajada.

»Julio 3-13.

»Hablaron de la Embajada americana diciendo que el señor Embajador deseaba que fuera el señor Pereyra para tratar de un asunto importante; que no venía el señor Wilson a la Secretaría por estar indispuerto.

»Se contestó que el señor Pereyra sentía mucho la indisposición del señor Embajador, y que también sentía no poder ir a verlo, porque se lo impedía el despacho de asuntos urgentes oficiales, y porque, además, esperaba que lo llamase de un momento a otro el señor Presidente.

»A los pocos momentos el señor D'Antin ³⁷ transmitió el siguiente mensaje del Embajador: "Me encarga el señor Embajador que diga a usted que ayer y hoy ha estado enfermo, que por este motivo llamó a la Embajada al señor Pereyra"; que sentía mucho "todas esas formalidades", porque se trataba de un asunto que interesaba al gobierno mexicano; pero que si no tenía la cortesía de atender su invitación, que se lo manifestara claramente para no volver a tener nada que ver con el señor Pereyra.

»Por orden del señor Pereyra, se pidió comunicación con el primer secretario de la Embajada americana, y se le dijo que, para evitar malas interpretaciones, se le rogaba repitiese el mensaje del señor Embajador.

»El primer secretario contestó que el señor Embajador estaba algo mal y que, como tenía algo urgente que comunicar, se había permitido llamar a la Embajada al señor Pereyra.

»Se dijo al señor O'Shaughnessy que el señor D'Antin había transmitido el recado en otra forma, y que por ese motivo precisamente se le llamaba al teléfono, para evitar malas interpretaciones. El primer secretario manifestó que tal vez era una equivocación del señor D'Antin.

»El señor Pereyra ordenó se pidiese nueva comunicación con la Embajada para decir que en esos momentos salía para Palacio a ver al señor Presidente, y que sentía mucho que el señor D'Antin hubiese tomado el teléfono, porque sin duda había interpretado mal las órdenes del señor Embajador.

»Contestó en el teléfono el señor D'Antin, y cuando se le

dijo que si tenía la bondad de llamar al primer secretario, contestó que no podía hacerlo por encontrarse el señor O'Shaughnessy en las piezas de arriba. Agregó que sentía mucho lo ocurrido, así como que se hubiera llamado al primer secretario, cuando él (D'Antin) había transmitido el mensaje del señor Embajador. Se le dijo que así se hizo para evitar malas interpretaciones, y que tan era así, que el señor O'Shaughnessy transmitió el mensaje en otra forma. Entonces el señor D'Antin replicó que no había habido ninguna mala inteligencia, que él se había concretado a transmitir textualmente el mensaje del señor Wilson, mensaje que tenía escrito, y que repitió por teléfono.

»En ese momento se acercó el primer secretario al teléfono, y se le dijo que el señor Pereyra había salido hacia cinco minutos para Palacio a ver al señor Presidente, y que sentía mucho que el señor D'Antin hubiera tomado el teléfono, porque sin duda había interpretado mal el mensaje del señor Embajador. Repitió el señor O'Shaughnessy que el señor Embajador estaba algo mal y que tenía algo urgente que comunicar al señor Pereyra; que rogaba se le dijese eso al señor Subsecretario cuando regresara de Palacio.

»Julio 5-13.

»En la mañana se presentó el señor O'Shaughnessy en busca del señor Subsecretario y, como no lo encontrara, entregó al señor director del protocolo una nota que dijo haber escrito por instrucciones expresas del señor Wilson, dirigiéndola al señor De la Barra y no al Subsecretario, no obstante estar éste encargado del despacho.

»Cuando llegó el señor Subsecretario, dijo al señor Rodríguez Parra³⁸ que devolviese la nota al señor Wilson, pues que si la intención de éste, según las explicaciones del señor O'Shaughnessy, era la manifiesta y expresa de ignorar y desconocer el carácter oficial del Subsecretario, éste, por decoro del gobierno de México, no podía recibir tal nota.

»El señor Rodríguez Parra no encontró al señor O'Shaughnessy en la Embajada, y dejó la nota en el mismo sobre, que puso y rotuló el señor O'Shaughnessy.

»El señor O'Shaughnessy se presentó en la noche a hablar

con el señor Subsecretario y le dijo que era para él muy penosa la misión que le había encargado el señor Wilson, pues no desconocía la falta que esto implicaba, pero que, hablando confidencialmente, le manifestaba que el señor Wilson era un hombre enfermo, nervioso, viejo y de un carácter tan insoportable, que para él la vida era un infierno a su lado y había pretendido renunciar varias veces.

»El señor Subsecretario contestó que todas ésas eran razones para compadecer al señor O'Shaughnessy por tener un jefe que le hacía difíciles sus tareas oficiales, pero que no veía en todo ello ninguna obligación para que se aceptase ninguna irregularidad diplomática de tal naturaleza como la que pretendía imponer el señor Wilson.

»Julio 7-13.

»Estando de visita el señor Subsecretario en la casa del señor Ministro inglés,³⁹ éste manifestó que deseaba ir a dejar una tarjeta en la Embajada de los Estados Unidos y pidió que el señor Subsecretario lo acompañase hasta un lugar inmediato, dejándolo en el Paseo de la Reforma. El señor Subsecretario le dijo que lo llevaría hasta la Embajada y después lo conduciría nuevamente en el automóvil de la Secretaría a su casa.

»En la puerta de la Embajada, el señor Ministro inglés y el señor Subsecretario encontraron al señor Wilson, y después de saludarse los tres, el señor Wilson hizo indicación para que el señor Stronge y el señor Subsecretario entraran a su casa, lo que se hizo, mediante una conversación amistosa.

»Julio 8-13.

»En la audiencia de los diplomáticos, manifestó el señor Stronge al señor Subsecretario que la propuesta que le hizo de ir a la Embajada tuvo por objeto buscar indirectamente una ocasión para que desapareciera cualquiera mala inteligencia. El señor Subsecretario agradeció esta indicación, manifestando que ella mostraba la delicadeza, tacto y amistad verdadera del señor Stronge.

»Julio 9-13.

»En la Secretaría de Relaciones se recibieron cuatro notas, tres de fecha 7 y una de fecha 8, dirigidas al señor De la

Barra. Se cree que estas nuevas notas fueron dirigidas a dicho señor De la Barra por encontrarse en México, y en el supuesto de que hubiera tomado nuevamente posesión de la Secretaría.

»Más tarde se recibió una nueva nota, que lleva la fecha del día, en la que vuelve a llamarse Ministro al señor De la Barra, no obstante que por todos los periódicos, y por conversación del señor Embajador con el señor De la Barra, se sabía la aceptación de la renuncia y la situación del señor Subsecretario como encargado del despacho de Relaciones.»

NOTAS

1 "Pereyra en el cruce de los caminos", *Excelsior*, jueves 18 de junio de 1953.

2 Del 19 de marzo al 18 de mayo de 1919, y del 2 de junio al 13 de octubre del mismo año (*Funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, México, 1940, pp. 171-172).

3 El Lic. Crisóforo Canseco nació en la ciudad de México el 16 de agosto de 1869; inició su carrera diplomática el 24 de julio de 1899 (*Escalafón del Cuerpo Diplomático Mexicano*, México, 1928, pp. 65-66).

4 Manuel MESTRE GHIGLIAZZA, *Efemérides biográficas*, México, 1945, p. 299.

5 *Ibid.*, p. 246.

6 V. SALADO ÁLVAREZ, *Memorias. Tiempo nuevo*, tomo II, p. 32.

7 Expediente personal de don Carlos Pereyra, L-E-417, 1; 131/2615 (Archivo de Relaciones Exteriores).

8 *Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, vol. XXXV (1913), p. 77.

9 J. I. RUBIO MAÑÉ, "Nota necrológica", *Revista de Historia de América*, núm. 15 (diciembre de 1942), pp. 325-333; J. RAMÍREZ CABAÑAS, "El historiador don Carlos Pereyra", *Cuadernos Americanos*, 1942, núm. 5, pp. 170-179.

10 Noticia verbal de don Artemio de Valle-Arizpe al autor de este artículo.

11 *Escalafón del Cuerpo diplomático mexicano*, 1913, 1914.

12 Información del señor Valle-Arizpe.

13 RUBIO MAÑÉ, art. cit.; RAMÍREZ CABAÑAS, art. cit.; *Escalafón del Cuerpo diplomático mexicano*, 1913, 1914; Exped. personal del señor Pereyra.

14 *Obras completas del maestro Justo Sierra*, tomo XIII; notas de Arturo Arnáiz y Freg, prólogo de Agustín Yáñez. El historiador Arnáiz y Freg deja dilucidada en sus notas la colaboración de Pereyra.

15 Los señores Valle-Arizpe y Juan B. Iguíniz (informaciones verbales) se inclinan a creer que hubo un disgusto personal entre los dos historiadores.

16 Véase *El Imparcial* (México), julio de 1906, julio de 1908 y julio de 1910.

17 Expediente de Pereyra, *loc. cit.*

18 Juárez: *Su obra y su tiempo*, ed. cit., p. 416.

19 Expediente de Pereyra, *loc. cit.*: "México, D. F., 10 de noviembre de 1911.—Confidencial.—Sr. Lic. don Carlos Pereyra.—Care Mexican Embassy.—Washington, D. C.—Mi querido Carlos: Empiezo por darte las más cumplidas gracias por tu telegrama de felicitación, y quisiera yo que la presente carta se limitara a esto y a desearte todo género de prosperidades. Desgraciadamente, ayer recibí el acuerdo del Presidente para que se te remueva del puesto que desempeñas. La razón de este acuerdo es la de que parece incompatible tu permanencia en el servicio de la Secretaría de Relaciones Exteriores con tu pasada actitud política. Me refiero especialmente a los artículos que se publicaron en los periódicos de esta Capital, y que están suscritos con el seudónimo "Reginald G. Rose". Aun cuando no es posible desconocer el mérito de dichos artículos, como todo lo que de tu pluma procede, es inconcuso que, habiendo en ellos atacado de una manera bastante seria a la Revolución y a los hombres de la Revolución, su autor no puede servir al gobierno actual. No necesito exagerarte la pena que esto me causa, pero, como antes dije, el acuerdo procede del mismo Presidente. Prefiero, para cumplirlo, ya que no puedo dejar de hacerlo, proponerte el medio decoroso de que presentes tu renuncia.—Espero una pronta contestación.—Siempre tuyo cordialmente, M. C." (*rúbrica*).

20 Expediente citado.

21 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados*, XXV Legislatura, 2º período (1º de abril a 16 de septiembre de 1912), tomo IV, pp. 2-72.

22 Cf. PEREYRA, *Breve historia de América*, Madrid, 1930, p. 706: "En este complicado cuadro, apenas podía decirse que Huerta tuviese significación. Nadie hablaba de *huertismo*. Al general Huerta se le odiaba muy cordialmente por los reyistas y los felicistas."

23 PEREYRA, *Breve historia de América*, pp. 704-707.

24 M. MÁRQUEZ STERLING, *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México*, La Habana, 1917.

25 MÁRQUEZ STERLING, *op. cit.*, pp. 580-581.

26 *Ibid.*, pp. 602-614.

27 Expediente personal de Pereyra; *Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores*.

28 Expediente personal de Pereyra.

29 MÁRQUEZ STERLING, *op. cit.*, p. 534.

30 Noticias de don Pablo Martínez del Campo al autor de este artícu-

10. Don Pablo vivía entonces en la casa del senador don Sebastián Camacho; era hermano de don Manuel del mismo apellido, a la sazón miembro de la sección de Protocolo de la Cancillería; y, por su parte, prestaba sus servicios en la Compañía de Tranvías Eléctricos, en esa misma época.

31 Despacho de Wilson al Departamento de Estado (12 de marzo de 1913), en Charles C. CUMBERLAND, *Mexican revolution: Genesis under Madero*, Austin, 1952.

32 Manuel CALERO, *Un decenio de política mexicana*, Nueva York, 1920, pp. 125-144.

33 Expediente personal de Pereyra, L-E-417.

34 Nelson O'Shaughnessy, segundo secretario de la Embajada de los Estados Unidos en México, 19 de abril de 1911 (exp. 42-20-84); primer secretario, 6 de marzo de 1913.

35 Francisco Arce, escribiente de primera, 1º de abril de 1913.

36 Lucas de Palacio, tercer secretario de Legación, 28 de abril de 1911; oficial segundo de la Secretaría, 1º de julio de 1912.

37 Louis D'Antin, abogado consultor de la Embajada de los Estados Unidos.

38 Doctor Fidel Rodríguez Parra. Nació en Tuxtla Gutiérrez el 25 de abril de 1873; primer introductor de embajadores, 20 de enero de 1913; anteriormente en Guatemala, Japón, Bélgica y Alemania (exp. 20-21-2, Arch. Rel. Ext.).

39 Francis Stronge, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña; vino a México procedente de Bogotá.